

él una sumision perfecta y una confianza sin límites en sus opiniones. Lejos de buscar en sus dudas el medio de determinarse por sus propias luces, es preciso que sienta la necesidad indispensable de someterse á los consejos que se le dén. Fuera de esto, todos los remedios que pueden señalarse, son perfectamente inútiles; esta es la opinion de todos los maestros de la vida espiritual.

3.º *Huir de la ociosidad.*—Nada es mas saludable al escrupuloso, que ocuparse continuamente. El trabajo manual, sobre todo cuando es penoso, es muchas veces mejor remedio para los escrupulosos, que los consejos que se le puedan dar. Las obras esteriore de caridad, por ejemplo, distraen á la alma de las reflexiones tristes y espantosas, aplicándole á objetos tiernos: es menester hacer de modo que los momentos desocupados del escrupuloso, nunca pasen en la soledad. Seria de desear que entonces pudiese frecuentar á personas de buen sentido, sólidamente virtuosas, sin escrúpulos, y un humor alegre, no para hablarle de sus penas, sino para que aprenda por su ejemplo el verdadero modo de cumplir sus deberes, y se retire de sus locas y peligrosas cavilaciones.

ellas la ciencia y los talentos; reanima el fervor y el celo en las personas tibias, y dispone ciertas almas para las mas altas virtudes, porque este estado las humilla, las hace per-

bieza? Como ésta es un entorpecimiento que tiene de inaccion á la voluntad, ó la inclina á la pereza en sus actos, para curar la volun-

4.º *Despreciar los pensamientos que le inquieten, y evitar todo lo que pueda turbarle, etc.*—Un escrupuloso que se escucha á sí mismo y reflexiona sobre sus escrúpulos, encuentra con mucho ingenio cosas que le turben, en materias insignificantes; se deja asustar por un peligro imaginario de pecar, en cada una de sus acciones; y aunque haya observado que solo es un vano y loco temor, se acostumbra á temer donde no hay el menor peligro. El remedio soberano, cuando comienza el escrúpulo á hacerse sentir, es dejarle pasar con calma y desprecio, poner toda la confianza en Dios, y determinarse dulcemente á seguir los consejos del confesor.

En cuanto á los remedios particulares que convienen á cada escrupuloso, á cada director toca aplicarlos, y á cada penitente mostrarse dócil á seguir los consejos que se le dén.

### CAPITULO III.

DE LOS ESCOLLOS DE LA VIDA INTERIOR.

No hay sobre la tierra una posicion, por ventajosa que sea, ni estado tan santo, donde no se encuentren algunos escollos, contra los

él una sumision perfecta y una confianza sin límites en sus opiniones. Lejos de buscar en sus dudas el medio de determinarse por sus

cuales se corra peligro de estrellarse y de naufragar; por esta razon el Salvador recomendaba tanto á sus apóstoles, y en su persona á todos aquellos que desean con empeño la salud de su alma, *el velar y hacer sin cesar oracion.*

Las que se dedican en la religion á la vida interior, deben estar alertas contra tres escollos principales que les señalaremos en los tres artículos siguientes, á saber: la tibieza, el abuso de las gracias y las ilusiones.

#### ARTICULO PRIMERO.

De la tibieza, su naturaleza, sus peligros, su principio y sus remedios.

Guardémonos desde luego de confundir el estado de sequedad y de prueba de que ya hemos hablado, con el estado de tibieza. El estado de sequedad es una especie de debilidad, de impotencia, que á veces se apodera del alma de una manera súbita é independiente de la voluntad, y la paraliza en tal extremo, que parece incapaz de aplicarse á las cosas espirituales. El alma atacada de este modo, se asusta, se aflige, gime y hace es-

bieza? Como ésta es un entorpecimiento que tiene de inaccion á la voluntad, ó la inclina á la pereza en sus actos, para curar la volun-

fuerzos para recobrar su primer fervor. Este es, dicen los maestros de la vida espiritual, un estado violento que atormenta al alma, pero que no ataca de ninguna manera su inocencia. Dios permite que pase por esta prueba, para purificarla y alejarla de los consue- los sensibles, y lo hace así aun con sus mayores amigos. Mas antes lo hemos dicho, hablando de la *oracion.*

La tibieza es muy diferente; es la consecuencia y castigo de infidelidades voluntarias, ó mas bien la infidelidad misma, ligada en cierto modo á la voluntad, por la fuerza del hábito, y que la entorpece, la deprava, le inspira horror para el cumplimiento del deber, y atractivo para la torpeza é inaccion. El alma tibia no se lamenta de su estado, como el alma probada por la sequedad; aquella le ama y se complace en él. Pero fijemos nuestras miradas en el cuadro horrible del estado de tibieza que nos traza un maestro hábil de la vida espiritual.

“Entiendo, dice él, por estado de tibieza, una languidez en el servicio de Dios; un estado en que para tranquilizarse sobre las faltas que se cometen, se dice uno á sí mismo, que si no hace todo el bien que debiera, tam-

él una sumision perfecta y una confianza sin límites en sus opiniones. Lejos de buscar en sus dudas el medio de determinarse por sus

poco hace mal; que si falta á las reglas no llega hasta infringir sus votos; y que si no tiene virtudes, tampoco tiene ningun vicio. Hablo de esa buena disposicion del corazon, con la cual quiere uno dar á Dios lo que pide, pero tambien se quiere reservar lo que aconseja; en que ama el hombre su deber, pero tambien ama sus comodidades; teme los males de la otra vida, mas al mismo tiempo teme los males de ésta; y contento con no ser ni peor ni mejor, ni perfecto ni criminal, no quiere ni adelantar ni retroceder en el camino de la virtud. Hablo de aquel espíritu de relajacion, de aquella languidez voluntaria, de aquella indolencia habitual, de aquella culpable inaccion, negligencias continuas, constantes infracciones de la regla, en que se forman por intervalos buenas resoluciones que al momento siguiente se disipan; en que se hacen algunos esfuerzos, y en seguida se pierde el valor, volviendo á recaer sin cesar en las mismas irregularidades, creyéndose todavía victorioso porque aun no está vencido en cosas esenciales. En una palabra, entiendo por tibieza, una determinacion en la conducta, á pasar ligeramente sobre las faltas comunes y ordinarias, cometiéndolas sin cui-

bieza? Como ésta es un entorpecimiento que tiene de inaccion á la voluntad, ó la inclina á la pereza en sus actos, para curar la volun-

dado, multiplicándolas sin remordimientos, hablando sin circunspeccion, murmurando sin escrúpulo, lamentándose sin miramiento, viviendo sin recogimiento, orando sin atencion, confesándose sin enmienda, comulgando sin fervor y sin sentir ninguna pena, porque no se ve otro mal que el de no sacar ningun fruto. Esto es lo que yo llamo espíritu de tibieza."

El estado de tibieza desagrada muchísimo á Dios: él mismo lo ha explicado de la manera mas formal. El alma tibia, dice él en nuestros Libros Santos, se le hace tan insoportable, *que le provoca á una especie de náuseas*. No la desecha, pero comienza á desecharla alejándose de ella. Así es que la tibieza es un principio de reprobacion. Pero si aquella es abominable á los ojos de Dios en los simples fieles, ¿cuánto no lo será en una religiosa? En efecto ésta, por su profesion se ha obligado, como hemos dicho, á pretender la perfeccion; y la que es tibia, sucumbe voluntariamente en la imperfeccion, sin hacer ningun esfuerzo para salir de ella. Dios le prodiga las gracias mas abundantes y privilegiadas para ayudarle á alcanzar la perfeccion en su santo estado, y ella se resis-

él una sumision perfecta y una confianza sin límites en sus opiniones. Lejos de buscar en sus dudas el medio de determinarse por sus

te y desprecia estas gracias; hace de ellas un perpetuo abuso, provocando así la indignacion de Dios.

Estas simples consideraciones bastan para hacernos comprender todo el peligro del estado de tibieza; pero lo que acaba de ponerlo en evidencia, es que la alma oprimida de este mal no se conmueve, y permanece por lo comun sin remordimientos, pues lejos de pensar en el mal que hace y el bien que debiera hacer, solo piensa en el mal que no hace y en el poco bien que practica; porque en lugar de compararse á las que son mas fervientes en la religion y mas arregladas que ella, solo se compara con las que parecen serlo menos, pues en esta comparacion que la lisonjea y la engaña, ella se dice con la misma confianza que el fariseo, que no tiene los defectos de ésta ó de aquella, sobre los cuales está muy vigilante. De donde se sigue que sirviendo á Dios con una languidez y cobardía deplorables, se figura muy aventajada, como si cumpliese con arreglo á la justicia.

Estado infinitamente peligroso, pues que, segun el oráculo del Espíritu Santo, le seria preferible un estado aun mas malo, el del pecado. En verdad, fuera mejor para ciertas

bieza? Como ésta es un entorpecimiento que tiene de inaccion á la voluntad, ó la inclina á la pereza en sus actos, para curar la volun-

almas, dice Bourdaloue, que hubiesen incurrido en un pecado grosero y grave, y no en esta vida tibia y relajada, pues no hubieran sufrido largo tiempo el remordimiento de tal pecado: humillándolas éste y asustándolas con su enormidad, bien pronto las hubiera obligado á convertirse; en lugar de que no les causa pena ni escrúpulo ninguno de tibieza. De aquí han concluido todos los maestros de la vida cristiana y religiosa, que era mas difícil salir del estado de tibieza, que del estado del vicio y del libertinage.

¿Pero cuál es el principio ordinario de la tibieza? Una de las causas de la tibieza, dice tambien Bourdaloue, es la facilidad en omitir los ejercicios ordinarios de piedad: la oracion, la lectura, la comunión, los ecsámenes de conciencia, las obras de penitencia y mortificacion. La mas mínima cosa nos distrae; el mas ligero impedimento es un pretexto para no cumplir, al menos para interrumpir estos ejercicios, diferirlos y dejarlos para otro tiempo, es decir, para no hacerlos enteramente.

2.<sup>a</sup> *La negligencia con que se hacen estos ejercicios.*—No se llega desde luego hasta dispensarse de todos los ejercicios y de todos los deberes; pero se desempeñan unos y

él una sumision perfecta y una confianza sin límites en sus opiniones. Lejos de buscar en sus dudas el medio de determinarse por sus

otros, con languidez, con pereza. En la apariencia vive uno como los demas, y conforme al órden de una comunidad, pero sin reconocimiento, sin espíritu interior. Se halla uno en una disposicion habitual para distraerse y disiparse; y es imposible que en esta turbacion y diversidad de objetos que nos ocupan, no dejemos poco á poco apagarse el celo de la perfeccion; y á medida que éste se amortigua, ¿no va aumentándose la frialdad y el descaecimiento?

3.º *La causa esencial de la tibieza, aunque la mas distante, es el desprecio de las cosas pequeñas: he aquí por donde se comienza á degenerar.*—En lugar de considerar que no hay nada pequeño en lo que concierne al honor de Dios y al culto que le es debido: que la perfeccion consiste tanto en las cosas grandes como en las pequeñas; y que tambien es gran cosa el ser fiel en las pequeñas, pues por éstas se mantienen las grandes; lejos de mirar todas estas verdades, se cansa uno de las mas ligeras reflexiones, que solo se creen buenas para las que comienzan; no se hace caso, y por este escalon pronto se baja á otro, hasta llegar á una tibieza total.

En fin, ¿cuáles son los remedios de la ti-

bieza? Como ésta es un entorpecimiento que tiene de inaccion á la voluntad, ó la inclina á la pereza en sus actos, para curar la voluntad de esta especie de enfermedad, es menester despertarla, escitarla por algunas reflexiones que lo conmuevan.

1.º Que la alma tibia considere con frecuencia la grandeza del Dios á quien sirve. Que considere lo que es Dios respecto de ella, y lo que es ella respecto de Dios: él es para ella su Señor, su Soberano, su Juez, su Criador; ¿cómo merece que se le sirva? Ella es para él su sierva, su esclava, su criatura; ¿cómo, en esta calidad, debe servirle? ¿cómo quiere él que se le sirva? De estas consideraciones se servia San Pablo para escitar el fervor de los primeros cristianos: *Yo os conjuro*, les decia, *que andeis en el camino del Señor de una manera digna de Dios.* Regla escelente, y remedio infalible contra la tibieza: pensar, hablar, orar, ocuparse, vivir siempre de una manera digna de Dios.

2.º Que la alma tibia considere cómo se sirve á los grandes del mundo; pues la conducta de éste es para las personas religiosas una leccion continua, y ellas deben ruborizarse, comparándose á tantos mundanos que

bajo el título general de *Secretos de la vida es-*  
quisieren sobre este punto importante, detalles mas amplos, podrán leer con fruto el escelente tratado de los *Secretos de la vida es-*

el interes ó la ambicion amarra á las potencias del siglo. Que la alma tibia se humille y se confunda de tener tan poco celo para Dios, mientras que los esclavos del mundo manifiestan tanto ardor por señores mortales.

3.º Que esta alma considere en cada accion que hace ó que va á hacer en la santa religion, el bien inestimable que puede procurarle. Dicha accion es obra de Dios; segun que la haya hecho mas ó menos santamente, recibirá por ella una recompensa mas ó menos grande, y puede merecer por ella la gloria eterna. Estos santos pensamientos y otros semejantes, abrasaban cada dia y casi á cada momento, con un fuego nuevo, á aquellas santas religiosas del mismo orden y de la misma profesion de aquellas cuyas virtudes se han contado, y á quien debe toda religiosa proponerse por modelo.

En cuanto á la práctica, el remedio mas eficaz para despertar al alma tibia y sacarla de su entorpecimiento, es destruir las causas de esa tibieza, oponiéndoles principios del todo contrarios. Por ejemplo, emprender de nuevo todos los ejercicios cuya omision ha sido tan perjudicial, y procurar ser en lo de adelante mas esacta y asidua, poniendo

buenas para las que comienzan; no se nace caso, y por este escalon pronto se baja á otro, hasta llegar á una tibieza total.

En fin, ¿cuáles son los remedios de la ti-

de su parte todo el cuidado y aplicacion de que es capaz, sin faltar á nada, ni aun á los deberes mas insignificantes y á las reglas mas pequeñas, venciendo todas las dificultades, sobreponiéndose á todas las repugnancias, consintiendo, si fuere necesario, en servir á Dios toda su vida sin consuelo y sin uncion, será feliz si se digna á este precio recibirla.

## ARTICULO SEGUNDO.

Del abuso de las gracias.—Crímen y peligro de este abuso.

Dios prodiga á las almas que se consagran á él en la vida religiosa, las gracias mas abundantes y variadas. Gracias exteriores: ¡cuántas oraciones, cuántos esámenes y lecturas de piedad! ¡cuántas exhortaciones patéticas, avisos inútiles, consejos sábios, advertencias caritativas y piadosos ejemplos! ¡cuántas visitas á Jesucristo en su templo! ¡cuántas misas y mortificaciones! ¡qué confesiones, absoluciones y comuniones! Gracias interiores: ¡qué luces tan brillantes, qué santas inspiraciones; qué piadosos movimientos, consuelos agradables y saludables remordimientos! etc.

Bajo el título general de... quisieren sobre este punto importante, detalles mas amplos, podrán leer con fruto el excelente tratado de los *Secretos de la vida es-*

Dios conduce á la alma religiosa, como de la mano, con toda la solitud de una madre tierna, y le abre todos sus tesoros con una generosidad verdaderamente prodigiosa.

Pero estas gracias abundantes, son talentos que Dios confia á la alma religiosa; talentos que está ella obligada, en rigor, á hacer fructificar, porque solo es depositaria de ellos: debe usarlos segun los designios de aquel que los distribuye, y á quien mas tarde tiene que dar cuenta de ellos. Y ¿cuál es el uso que Dios desea que haga de esos talentos? *Renuncia á tí misma*, le dice, *toma tu cruz y sígueme. Sé santa, porque yo soy santo. Sé perfecta como lo es mi Padre celestial.* Las gracias, pues, que la religiosa recibe, son, por decirlo así, como materiales destinados á construir el edificio de su santidad y de su perfeccion; edificio que debe elevarse cada dia á proporeion de los medios que ha tenido á su disposicion.

Es de fé, dice el padre Bourdaloue, que Dios nos pedirá cuenta de todas las gracias que hemos recibido y que recibimos continuamente de él; pues estas gracias son talentos que nos confia y que quiere que aprovechemos. No son gracias sin recompensa, sino fondos

buenas para las que comienzan; no se hace caso, y por este escalon pronto se baja á otro, hasta llegar á una tibieza total.

En fin, ¿cuáles son los remedios de la ti-

de obligacion que contraemos con Dios, y esto se entienda de toda clase de gracias, de cualquiera naturaleza que sean. Es tambien de fé que mientras mas recibimos, mas rigorosa será la cuenta que tendremos que dar; pues cada gracia, por el uso que debemos hacer de ella, ha de fructificar en nosotros y dar á Dios un grado mas de gloria. *Me habeis dado cinco talentos*, dice el buen siervo á su Señor, *aquí están otros cuatro que he aumentado y ganado.* Esto es lo que debemos decir á Dios.

Esta fidelidad en hacer fructificar las gracias que recibimos, nos merece cada dia gracias nuevas, segun estas palabras del Evangelio: *Porque habeis administrado con fidelidad lo poco que se os habia confiado, sereis establecido en cosas mas grandes.* Pensamiento que anima infinitamente.—“Tened reconocimiento por las mas mínimas gracias, dice el autor de la *Imitacion*, y merecereis recibir otras mayores. Tened una estimacion particular por las mas pequeñas, y que lo que os parece mas insignificante, os sea mas precioso. Cuando el que da es infinitamente grande, comunica su grandeza á todo cuanto da; y así nada de lo que viene

bajo el título general de... quisieren sobre este punto importante, detalles mas amplos, podrán leer con fruto el excelente tratado de los *Secretos de la vida es-*

de la mano de un Dios tan grande, nos debe parecer pequeño.”

He aquí en qué disposiciones debe estar una religiosa respecto de los dones de Dios, sean cuales fueren, interiores ó exteriores, grandes ó pequeños, ocultos ó brillantes, consoladores ó afflictivos; debe recibirlos con un humilde reconocimiento, aprovecharlos con fidelidad para su adelanto espiritual, guardándose bien de no perder por su negligencia la menor partícula.

Pero muchas abusan terriblemente de las gracias que se les prodigan en la santa religion. Unas, sacando apenas un provecho mediano é insuficiente, viven en una continua alternativa de infidelidad y de cooperacion; mas á menudo son indóciles y no fieles á la gracia, permaneciendo en un estado de virtud inferior, débil, mezquina, y se encuentran despues de muchos años sin haber corregido bien un solo vicio, sin haber domado enteramente una sola pasion. Otras, en lo absoluto no sacan provecho ninguno; despues de diez años, quince, veinte acaso, y á veces mucho mas, que se han obligado por sus votos á caminar hácia la perfeccion, no han dado en ella un solo paso. Están siempre su-

buenas para las que comienzan; no se hace caso, y por este escalon pronto se baja á otro, hasta llegar á una tibieza total.

En fin, ¿cuáles son los remedios de la ti-

jetas á la vanidad, tan susceptibles, tan poco muertas á sí mismas, tan enemigas de la obediencia, de la pobreza, de la mortificacion, tan poco recatadas, arregladas y silenciosas, etc., como el primer dia. Todos estos medios de salud y de perfeccion que han santificado millares de almas religiosas, en ellas no han producido el mas ligero cambio.

Temblamos algunas veces por la suerte de aquellos que Dios colma en el mundo de los bienes de la fortuna, ó los eleva á grandes honores, á la vista de la cuenta que tendrán que dar. ¡Ay! ¿no deberiamos temblar con mucha mas razon, por aquellas almas á quienes Dios colma de bienes de todo género, y cuya cuenta será en extremo rigorosa?

En otro tiempo lloró Jesucristo sobre Jerusalem, á la vista de los favores innumerables de que habia sido colmada aquella ciudad infiel, y de los cuales habia ella abusado. Estaba movido se compasion á vista de las calamidades que iban á oprimirla. ¿No tenemos nosotros mas motivo para verter lágrimas, por las desgracias futuras de esas almas ingratas y disipadas? pues, no es cierto que á ellas se dirige aquel oráculo del Evangelio: “Quitad al siervo indolente el talento que ha

bajo el título de...

quisieren sobre este punto importante, detalles mas amplos, podrán leer con fruto el excelente tratado de los *Secretos de la vida es-*



“enterrado en el suelo, y dadlo á otro que le haga fructificar. Arrojad al siervo inútil á las tinieblas exteriores, allí donde hay llanto y rechinidos de dientes. Cortad y arrancad el árbol estéril, porque ocupa la tierra inútilmente.”

¡Oh! ¡cuán culpable es, dice el padre Marin, la religiosa que se acostumbra á hacer poco caso de las inspiraciones, de los buenos movimientos interiores, y no aprovecha ninguno de los medios exteriores que tiene para santificarse! ¡Cómo se puede considerar su vida, sino como un encadenamiento de infidelidades y resistencias al Espíritu Santo! De aquí nace la insensibilidad de muchas; por la costumbre perniciosa de hacer poco caso de las gracias, llegan despues á tal grado de indiferencia, que suele llegar á desprecio. La fé se debilita; la idea de las virtudes se borra del espíritu; el corazon se vuelve como de acero impenetrable; ni los convites amorosos de Jesucristo, ni sus amenazas, hacen ya impresion sobre el corazon que se ha dejado endurecer.

Terrible situacion la de una alma á quien un largo hábito del abuso de las gracias ha conducido á esta insensibilidad. Si alguna

buenas para las que comienzan; no se hace caso, y por este escalon pronto se baja á otro, hasta llegar á una tibieza total.

En fin, ¡cuáles son los remedios de la ti-

ninguna queja, ni hacer ninguna crítica; y aplicarnos á juntar el recogimiento á las ocupaciones exteriores, á imitacion de las Catari-  
nas de San...

religiosa reconoce en sí misma alguna de estas cosas, que no se deje endurecer mas; que trate lo mas pronto posible de volver á Dios por medio de una penitencia sincera, por temor que de la muerte le sorprenda en este funesto letargo, y tenga que padecer los efectos de la terrible amenaza que Dios hace en la Escritura á las almas tan á menudo infieles: *Habéis despreciado mis consejos, no habéis hecho caso de mis correcciones ni de mis amenazas; así, yo tambien me burlaré de vosotros á mi turno, á la hora de vuestra muerte.*

### ARTICULO TERCERO.

De las ilusiones en que caen algunas veces, las que se dedican á la vida interior.

La tibieza y el abuso de las gracias no son los únicos escollos contra que pueden estrellarse las almas que abrazan la vida interior; ecsiste una multitud de otros de que no podemos hablar aquí; solo indicaremos algunos, bajo el título general de ilusiones. Las que quisieren sobre este punto importante, detalles mas amplios, podrán leer con fruto el excelente tratado de los *Secretos de la vida es-*